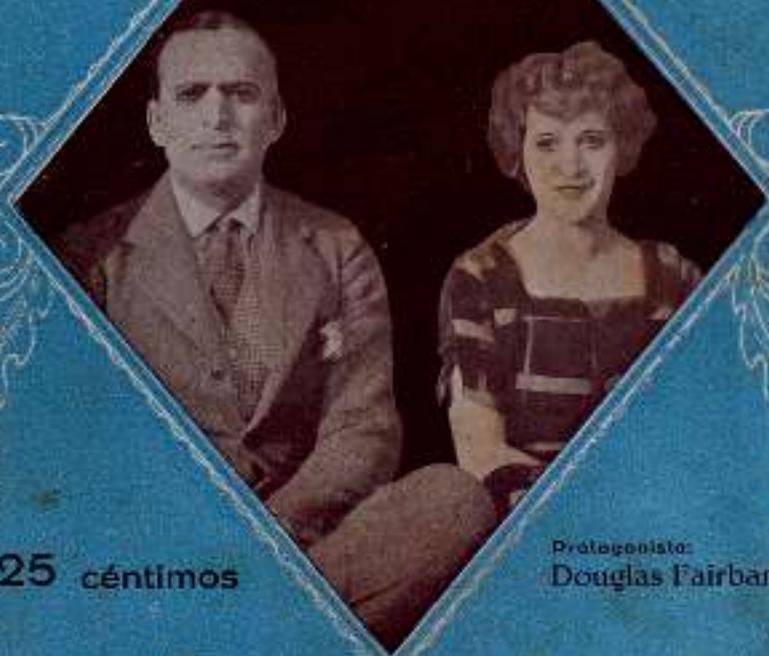


Novela Popular Cinematográfica

Año I
Núm. 16

EL
EXCÉNTRICO



25 céntimos

Protagonista:
Douglas Fairbanks

Revista Semanal

TAF 1177
1921

EL EXCÉNTRICO

Novela cronológica basada en la película del mismo título.
Escrita de "Los artistas asociados, Rueda Catalana, n.º 23"

PROTAGONISTA: DOUGLAS FAIRBANKS

I

El asunto de esta novela es una bella historia de amor. Sus protagonistas son, pues, un joven enamorado, un Don Quijote y su Dulcinea.

Nuestro joven enamorado es inventor. Inventa cosas extraordinarias para agradar a la mujer a quien ama, y casi todas las cosas que inventa producen serios accidentes; más él, en seguida, busca el medio, con otro invento o con alguna extraña ingeniosidad, de repararlos. Y toda su vida, desde que conoció a su adorado tormento, se reduce a eso: a inventar algo, sea lo que fuere, y a inventar después otra cosa que remedie el resultado de su anterior invento. De todos modos, cualquier cosa que haga, por disparatada que sea, por absurda, por loca que sea, es siempre para agradar a ella, para llamar la atención de ella, para que ella le quiera...

Nuestro joven enamorado, e inventor, se llama Carlos Jackson, pero todo el mundo le dice solamente Carlitos. Nosotros, pues, le llamaremos también con este diminutivo.

Carlitos no es, ni mucho menos, perezoso, aunque se levanta tarde. Tampoco puede acusársele de pereza, sino de excentricidad, por la infinidad de cosas que ha inventado para no tener que ocuparse, como cualquier otro mortal, de su limpieza matinal.

Por una serie de combinaciones raras, inventadas por él, sin moverse apenas, va de la cama al baño y de éste a la calle, ya vestido elegantemente.

Asistir al espectáculo de cómo todo esto va ocurriendo es una de las cosas más divertidas que pueden imaginarse.

Se dice corrientemente, y tal vez sea verdad, que la necesidad es la madre de la inventiva. Si esto es cierto, también lo es, podemos asegurarlo, que el padre, en el caso a que hacemos referencia, no es otro que nuestro Carlitos.

Hélo ya, después de pasar por toda una larga serie de extraños mecanismos, bañado y vestido. Hélo que sale, lleno de juventud y de vitalidad, al jardín, que, como en todos los pisos de la casa, hay en el que él vive. Y en cuanto traspose la puerta, tiene un atento saludo para las flores.

—Buenos días—dice,—lindas flores.

Y empieza a olerlas con fruición y a gozar de la delicia de esos pequeños seres delicados que son las flores.

Carlitos vive en el segundo piso de la casa. En el tercero habita una joven llamada Estrella Mynn, que es la Dulcinea de nuestro inventor.

La verdad es que Carlitos está locamente prendado de aquella muchacha, y que, si bien le agradan mucho las flores, no sale al jardín sólo por

verlas, sino que también con la secreta esperanza de ver a su vecina, de admirarla una vez más y de, regalo inapreciable para él, poderle dirigir algunas palabras.

Cuando apenas Carlitos ha salido, Estrella se ha asomado también a una de las ventanas de su casa y le ve, dirigiéndole en seguida un atento saludo.

Carlitos, entonces, sin esperar ya más, de un salto, y cogiéndose a unas enredaderas que adornan y rodean la ventana en que Estrella está, sube hasta ella, ágil y limpiamente. Y una vez allí, le dice:

—¡Oh, maravillosa mirada, cuyo brillo hace palidecer al de las rosas!

—Gracias por la fineza—contesta ella.

—No es fineza. Es la verdad. ¡Usted es la más bella de las flores!

Se miran, se acarician con la mirada. De pronto Carlitos pregunta:

—¿Le agrado yo a usted, señorita?

—¡Oh! Tal vez... un poco.

Carlitos entonces hace voluntariamente un movimiento peligroso, simulando caerse. Estrella, asustada, le coge, le sujeta, para lo cual casi tiene que abrazarle. Carlitos, contento, exclama:

—Ya veo que le gusto. Es lo que yo quería saber...

—¡Oh!

Le advierto, Estrella, que no es solamente su belleza física lo que me encanta de usted, señorita. ¡Es también su alma, sus ideales!

Estrella estaba tan enajenada, tan alegre, que no acertaba a contestar.

Y él continuó:

—¿Qué tal van los niños? ¡Usted es admirable,

sacrificándose así! Yo también empiezo a preocuparme de sus propósitos y estoy dispuesto a que lleguemos a conseguir que se implanten sus teorías.

Conviene advertir aquí, para el buen entendimiento del lector, que la joven Estrella, a quien tanto ama nuestro Carlitos, profesa con ardimiento, rayano en la obsesión, hermosos principios de filantropía. Y personalmente pone en práctica, tanto cuanto le es posible, sus propias teorías. Piensa que si cada familia rica se ocupase de la educación de un niño desheredado durante algunas horas al día, llegaría a elevarse el nivel intelectual de las clases infortunadas de la sociedad. Y con el objeto de predicar con el ejemplo, ella reúne cada mañana, en su propia casa, cierto número de pequeños protegidos.

Allí estaban estas criaturas, en tanto que Carlitos y Estrella, en la ventana, hablaban.

Y como la última pregunta de Carlos versaba sobre este particular, Estrella le contestó:

—Una cadena sin fin de personas para abrir una cadena sin fin de hogares selectos, unidos a otra cadena interminable de niños desvalidos... Esa es, en resumen, la idea que alienta mi espíritu. Y he puesto hasta aquí y pondré en ella en lo sucesivo todos mis entusiasmos...

Se despidieron. Carlitos llevaba ya en la mente un propósito para ayudar a Estrella. La joven quedaba fuertemente impresionada por la simpatía que se desprendía de toda la persona y de todas las palabras de su vecino.

Dejemos ahora a nuestros dos protagonistas y vamos hacia el centro de la ciudad. Una vez allí, entremos en un antro, es decir, en una casa de juego; en una casa que sirve para que se citen gran número de hombres de los que se llaman munda-

nos, pertenecientes a lo que también se llama altas clases de la sociedad.

El dueño de esta casa de juego se llama Felipe Feney y es un tipo acabado de aventurero.

Tras largas temporadas de vivir obscuramente, ha logrado hacerse recibir en cierto mundo donde se ignora la naturaleza de sus ocupaciones habituales. Y en este mundo es donde vive Estrella. Y Estrella es una de las muchachas que el aventurero codicia...

Cuando apenas Carlitos, en la ventana, se ha despedido, y Estrella ha entrado en la casa, recibe la visita del tal Feney, que, enterado de las ideas de Estrella acerca de los niños, simula interesarse mucho de ellas.

Hablan largamente de ello, y, finalmente, Estrella le dice:

—Pues sí... Esta noche estamos invitados a casa de mi vecino, el señor Jackson... Usted vendrá, ¿verdad? El se ha comprometido a dar una fiesta para exponer en ella mis teorías a sus amigos, de los cuales espera que nos han de prestar, sin duda, mucho apoyo.

—Bueno, vendré. Así, pues, ¡hasta esta noche! Salió Feney, y cuando llegó a su casa encontró que la amante de turno, que vivía con él, estaba malhumorada. Sospechaba, en verdad, algo, y era mujer que no admitía competidoras.

¿Qué le va a pasar a la simpática Estrella, metida, sin saberlo, entre esta gente?

Llegó la noche y con ella la hora de la fiesta que daba Carlitos con el simpático propósito de interesar a sus amigos en las teorías de Estrella.

Ha preparado gran número de combinaciones de luz y de juegos de artificio, con lo cual divertirá, en gran manera, a sus convidados. Espera así, hacién-

doles grata la noche, arrancarle algunas promesas serias acerca de lo que motiva la fiesta.

Cuando ya han llegado todos los invitados, Carlitos empieza a explicarles, en una a modo de conferencia, el por qué de haberlos reunido.

—Yo doy esta fiesta—dice—para presentaros la más encantadora de las muchachas. Como ya sabéis, ella se consagra a los niños. ¿Rehusaréis ayudarla en esta bella obra?

Con este tema habla durante largo rato. Luego, cuando ya ha terminado, se acerca a Estrella y le dice:

—Yo le he preparado a usted agradables sorpresas.

—¿Sí?

—Sí. Mira. Cuando yo oprima este botón, la estancia entera se impregnará de densos vapores de incienso.

—¡Admirable!

—Este otro botón apaga la luz. Y éste, el último, inicia el fuego de artificio.

—Usted—le contesta Estrella—es como un navío sin timón. ¿Cuándo tendrá usted una verdadera y concreta finalidad para su vida?

—Si la tengo ya, amada Estrella... ¡Mi finalidad es usted... mi vida es usted!...

Como si hubiera dicho demasiado, se aleja de la amada... Y grita:

—Ahora, amigos míos, si gustáis de sentaros, vamos a comenzar la fiesta...

—Es un desquiciado—dice una señora;—un hombre sin seso. ¿verdad? Pero, al menos, es un buen muchacho!

—Es un excéntrico—contesta un caballero.— ¡La fiesta empieza, no obstante, muy bien! ¡Pero esperemos el final!

Carlitos coloca, en un extremo de la gran sala, un biombo, se coloca ante él y, cuando se hace el silencio, dice:

—Con vuestra amable indulgencia, voy a ejecutar ante vosotros diferentes transformaciones.

Se oculta tras el biombo y sale un momento después, gritando:

—¡Napoleón Bonaparte!

La imitación del emperador era perfecta. Sonó un aplauso cerrado.

En tanto, un nuevo personaje salía, y un nuevo grito de Carlitos:

—¡Un gran general americano!... N. S. Grant.

Y después:

—¡Ahora, otro admirable patriota americano: Abraham Lincoln!

Y luego:

—¡El general Tom Ponce!

Este general era, en vida, pequeño y regordete. Carlitos es alto. Estallan, en el público, al propio tiempo que los aplausos, grandes risas. Carlitos, confundido, derriba el biombo. Detrás de él había gran número de hombres distraídos: los que habían salido ya, y otros que estaban preparados para salir. Al descubrirse el truco, las risas aumentan. Termina, pues, el espectáculo aquel, que, no obstante saberse ya su falsedad, ha tenido un éxito rotundo.

Carlitos entonces, para no dejar que disminuya el interés de sus invitaciones, comienza a ejecutar las otras atracciones que tenía preparadas. Primera, tocando al botón de la luz, iluminó toda la casa, que pareció un instante, una maravilla. Después, puso en juego los fuegos de artificio. ¡Admirables combinaciones! Pero una imprevista complicación, cuajada de trascendentales contratiempos, llenó

de terror a los circunstantes. Del fuego se desprendían, en gran número, chispas encendidas. Y pronto comenzaron a arder los trajes de los invitados que, sin saber qué hacer, corrieron en todas direcciones. Carlitos, dándose cuenta de su fracaso, tocó el botón del incienso. Tan gran cantidad de él se extendió por toda la casa, que muchas personas quedaron, en seguida, dormidas.

El, como otros muchos, huyó de la casa. Y tuvo, en la calle, que desnudarse para no arder con sus ropas. Nuevo peligro pues: le prenderían por andar en calzoncillos por la calle. Mas vino su inventiva, condición en él natural, en su ayuda. De un anuncio, arrancó el número, que era bastante grande, y se lo colocó en la espalda. Nadie se metería ya con él. Era un individuo que contaba para en una carrera pedestre...

Así se dirigió nuevamente a su casa. ¿Qué habría ocurrido allí? ¿Qué habría sido de Estrella?

Nada le había pasado a la joven. Cuando empezó a prevalecer el peligro, salió, sin detenerse, hacia su casa. Sólo tuvo que subir unos cuantos tramos de escalera. Y la seguía, gozoso del fracaso de Carlitos, el aventurero Feney.

Cuando ya los dos estuvieron en las habitaciones de la joven, ésta dijo a su acompañante:

—Todo marchaba con tan buenos auspicios, y ahora todo ha fallado. ¿Qué decepción la mía!

Feney, aprovechándose de las circunstancias, contestó:

—Venga usted a mi casa, se lo ruego... Yo le presentaré personas de calidad...

II

Entretanto, las personas que quedaban aún en la casa de Carlitos, empezaban también, tras los primeros momentos de estupor, a ponerse en salvo. Pero, desaparecido ya el peligro, lo hacían con calma, charlando entre ellos de la farsa y de su inesperado final.



Una señora, que es la que lleva la voz cantante en un grupo de individuos, dice a éstos:

Esta muchacha jamás conseguirá que se adopten sus teorías si cuenta solamente con ese chiflado para reclutarle adeptos.

—Ciertamente—le contestó alguien.—Y es una

verdadera lástima, porque la muchacha se merecía apoyo para llevar adelante su propósito.

Siguen charlando y, en tanto, Carlitos se acerca ya, a todo correr, a su casa. Mas cuando ya va a llegar, comprende que no es posible presentarse, ante los invitados que quedan, en ropas menores. Un anuncio le da una solución, excéntrica desde luego, pero solución al fin. Se trata de un anuncio de cartón en el que, en tamaño natural, se ofrecen trajes de ocasión. Carlitos se acerca, recorta uno de aquellos trajes y, poniéndoselo por delante, se dispone a entrar en su casa, lo que hace al fin, entre el asombro de cuantos se encuentran, ya en la calle, ya en las escaleras, ya en sus propias habitaciones.

Pero él, indiferente ya a cuanto le rodea, y sólo dominado por la idea fija de presentarse ante Estrella para pedirle perdón, para significarle su deseo de reparar todas sus culpas y de hacer cuanto fuera preciso para no perder su estimación, apenas si se da cuenta del asombro que produce, en cuantos le ven, su llegada. Y corrió hacia su habitación reservada para ponerse a toda prisa un traje y poder así presentarse ante la amada. Mas todo había de ser inútil. Alguien había avisado a la policía diciendo al comisario:

—Lo mejor será que lo reduzcan a prisión...
¿Quiere usted decir?

Que una noche de arresto le proporcionará mucho bien.

Haciendo caso de esta denuncia, la policía invadió la casa de Carlitos de modo que todas sus prisas para ver a Estrella no habían de servirle para nada.

En efecto: en cuanto se vistió y se dispuso a subir al piso de la joven, dióse cuenta de que ello

era punto menos que imposible, pues las parejas de guardias lo ocupaban todo y pasar por entre ellas, claro es que no podía ser.

Por último, huyendo, tuvo que salir a la calle. En la puerta, esperaba un coche; él, sin fijarse, se metió en él, buscando refugio. Y aquel coche era precisamente el que la policía había traído para llevarle preso. De ese modo, por una equivocación lamentable, él mismo se entregó inconscientemente a sus perseguidores.

Ya en la prevención, Carlitos se desespera y no sabe qué pensar de su situación. Aunque bien pronto la olvida para pensar solamente en la amada.

Tanto piensa en ella, que se atreve a decir a su guardián:

—Dígame, carcelero. Haga el favor de telefonar a la señorita Estrella Wyna, Gramercy, 35. Dígale que estoy desesperado con lo que me ha sucedido... que la adoro... que es la mujer más deliciosa del mundo... Y acabe usted diciendo: ¡Adiós, paloma mía!

El carcelero, riendo y sin contestar nada a Carlitos, se aleja, meneando la cabeza, con aquel gesto que indica: «Este pobre hombre debe estar loco.»

Poco después, pasa por frente a la reja que guarda a Carlitos, un obrero que trabaja, sin duda, allí en la prisión.

Carlitos le llama y le hace el mismo ruego, respecto a que telefonee, que al carcelero. Y le repite las mismas palabras que había dicho al guardián.

El obrero le contesta con un murmullo y se aleja también sonriendo.

Nuestro excéntrico inventor se desespera, y piensa, sin cesar, en Estrella...

Otro hombre, a aquella misma hora, pensaba

también en Estrella, meditando un plan para hacerla suya. Este otro hombre era Feney, que al volver a su casa de juego no podía alejar de su pensamiento la figura de la joven protectora de los niños.

Claro es que eran muy diversos los pensamientos de estos dos hombres. Los de Feney eran, sin duda, despreciables; los de Carlitos, por el contrario, estaban llenos de ternura.

Ya en las altas horas de la noche, le trajeron a Carlitos un compañero de prisión: Un caballero de industria.

Carlitos se alegra de ello, pues así no estará solo y dice a su inesperado acompañante:

—Permítame presentarme... Me llamo Carlos Jackson..., sobrino de Andrés Jackson.

El otro, sonriendo, contesta:

—Yo me llamo Vanderbrook, primo de Pernelius y de Alberto Lyon Vanderbrook...

Carlitos no se da cuenta de la ironía de estas palabras y se pone muy contento. Pues no era para menos tener de compañero de celda a un Vanderbrook, es decir, a un millonario... Se presentaba, pues, una ocasión magnífica, y Carlos no quería dejarla escapar.

Así, pues, sin perder momento, explicó, con todo detalle, al supuesto Vanderbrook, las altruistas ideas de Estrella, pidiendo para ellas ayuda. Por último, después de todas las explicaciones, dice:

—¿No podría usted ayudarnos? Por lo menos, si le fuese a usted posible presentarnos ante personas de su categoría, capaces de interesarse en la obra de esta joven, yo daría a usted, nada más que como prueba de agradecimiento, dos mil dólares, para sus padres.

—Mi primo Pernelius y sus amigos estarán en mi casa mañana por la tarde... Venga usted y yo se los presentaré...

—Gracias, muchas gracias, amigo mío.

—¡Oh, no vale la pena! Esto no tiene ninguna importancia.

—Para mí sí que tiene, y mucha. Ahora le voy a rogar una cosa. Si usted sale de aquí antes que yo, tenga la amabilidad de telefonear a la señora Estrella Vynn y de decirle de mi parte...

Y repitió la misma cantinela que ya había explicado al obrero y al carcelero.

A la mañana siguiente, en cuanto Carlitos es puesto en libertad, se dirige rápido hacia su casa, deseoso de tener una entrevista con Estrella y de volver a la gracia de ella.

Va, sin embargo, un poco cohibido, y aumenta su timidez el hecho de que Estrella no le recibe muy alegremente. Más bien, por el contrario, está algo seria.

—¿Dígame usted que me perdona, se lo ruego!—exclama, aponado.

—Lo que hizo usted anoche es muy difícil de perdonar.

—Ya lo sé. ¡Pero no es imposible! Además, tengo la sorpresa más asombrosa para usted.

—¡Bah! Será otra de sus desastrosas sorpresas!

—No, ahora es cosa seria. Esta tarde tendré una entrevista con Pernelius Vanderbrook, Vicente Castor y Augusto Dalmont... ¡Tres millonarios! Y he de hablarles de su obra de usted para que le presten su ayuda. Si puedo, les traeré a mi casa para que usted misma hable con ellos...

Al mismo tiempo que Carlitos, había sido libertado el aventurero que tuvo por compañero de

celda. Y este, para apoderarse de los dólares de que Carlitos había hablado, va en busca de unos compañeros suyos, dirigiéndose precisamente a la casa de juego de que es propietario Feney.

Una vez allí, dice a sus amigos:

—Necesito vuestra ayuda, camaradas. Se trata de un negocio en el que tendríamos los céntimos en seguida.

Y les explica detalladamente el papel que tienen que representar.

Llegó la tarde y, con ella, la hora de la cita con Carlitos. El cual llegó sin ningún retraso.

Le recibe, en una lujosa habitación, el aventurero, que se llama Murphy. Y en cuanto Carlitos entra, éste, adelantándose, exclama:

—¡Oh, señor Jackson!

—¿Y sus amigos?—pregunta Carlitos?

—Todos están aquí. Esperan, en la habitación vecina. Pero, antes de llamarles, ¿podría yo reclamarle la pequeña suma que usted me ha prometido para mis pobres?

—¡Oh, sí, sin duda!

Carlitos saca su cartera y entrega la citada cantidad. El otro se la guarda y, después, abre una puerta por la que entran tres de sus amigos, a los cuales presenta.

—El señor Vicente Castor, el señor Pernelius Vanderbrook y el señor Augusto Delmont.

Carlitos les saluda y, en seguida, y esto es lo único que hace a la perfección, les explica las teorías de Estrella.

Mas pronto se trunca su discurso. Se ha abierto una puerta y aparece en ella Feney, llamando:

—Murphy, venga en seguida a decidir sobre una partida...

Se ve que Feney no estaba enterado del pro-

pósito de sus amigos, los cuales, al verle, se han confundido. Pero el más confundido es Carlitos. Sin embargo, dándose cuenta de la situación, grita:

—¿Esto es, pues, una mixtificación?

Feney, que es listo como él solo, se ha percatado también de lo que ocurre, y, con la mirada, ordena a Murphy que deshaga el error. Y éste dice:

—Yo quería presentarle a algunos de mis amigos, señor Jackson; he ahí, pues, porque le he engañado. No me lo tome usted en cuenta. Aquí está su dinero—acaba, devolviéndole los dólares.

—Perfectamente—dice Carlitos.—No se lo tomo a mal...

Feney, adelantándose, agrega:

—Y yo me alegro de que vuelva usted a hallarse en un ambiente que le es propicio...

Después de esto, Carlitos se despide. Y en cuanto ha salido, Feney dice:

—Este muchacho está perdidamente enamorado de la muchacha de que os he hablado...

—Entonces—pregunta uno de los supuestos millonarios,—¿no hay ningún negocio que hacer?

—Al contrario, de aquí a dos o tres días tendremos esos dólares en nuestro poder—dice Murphy.

Pero Feney se adelanta. Se acerca a uno de sus secuaces y le dice:

—Ese muchacho que acaba de salir tiene dos mil dólares en la cartera. Vé por ella.

Poco después, en la calle, cuando Carlitos se dirige, todo preocupado, hacia su casa, es decir, hacia el piso de Estrella, tropieza, sin saber cómo, con un hombre, que no es otro que el enviado de

Feney y que, en el encuentro, le ha arrebatado la cartera.

Carlitos no se ha dado cuenta de nada y continúa su camino. Poco después se halla ante su amada a la que dice:

—Acaba de producirse un hecho de gran interés que es preciso que yo se lo refiera a usted...

Pero Estrella no le atiende. Y en lugar de contestarle, habla así:

—Estoy contentísima... Estoy aprendiendo un discurso, de memoria, para impresionar a sus amigos... Verdaderamente no podría soportar una nueva decepción...

Para no llevar la desilusión al ánimo de Estrella, Carlitos ve que es indispensable esperar al verdadero Vanderbrook y explicarle el caso. Para ello, se dirige inmediatamente al domicilio del millonario, llama a la puerta y, cuando sale el portero, dice:

—Yo desearía hablar al señor Vanderbrook.

—¿Le ha citado a usted precisamente?

—No, señor.

—Entonces, no podrá usted verle. Por otra parte está es la hora de su paseo habitual...

Carlitos, decaído, se aleja.—¿Qué haré?—se pregunta. Apenado y meditabundo, va andando por la calle, inventando, imaginariamente, algún plan salvador. Mas no le halla. Por fin, hablando en voz alta, como si alguien le escuchara, dice: «Yo no quiero causar pena a la muchacha encantadora a quien amo. Y para no causársela, es preciso que pueda presentarle, solamente por hoy, algunas personas, como si éstas fueran esos tres millonarios.»

III

Con este pensamiento fijo en la mente Carlitos recorre varias calles de la gran ciudad. Se ha dado cuenta ya de que han desaparecido sus dos mil dólares, y esto, que en cualquier otra época le habría parecido una gran desgracia, ahora apenas si le



preocupa. Tan abstraído está en buscar una solución para su conflicto de presentar a Estrella los tres millonarios.

No tiene tres amigos de gran confianza a quienes confiar el papel que a él le es preciso que alguien represente. Y, desesperado, no sabe ya qué pensar para salir airoso de aquella situación tan extraña en que se encuentra.

A última hora, agotadas ya todas las posibilidades, se le ocurre un medio; pero un medio más extraño aún que la situación; un medio más extraordinariamente excéntrico, que todas cuantas cosas ha hecho en su vida...: ir al Museo de figuras de cera y, por las buenas o por las malas, sacar de allí tres hombres que le sirvan para su objeto.

Llega, y, al entrar, el portero le dice:

—Se acerca la hora de cerrar.

—¡Oh! No me importa. Tanto da. Sólo quiero estar un momento.

Ya en el Museo, se equivoca varias veces, al dirigirse a los guardianes—pues también los hay de cera,—con lo que provoca la hilaridad de los visitantes. Al fin encuentra un guardián de verdad, al que pregunta:

—¿Dónde está el director?

Se lo indican y se dirige hacia él. Una vez a su lado, le dice:

—Yo tengo un reloj soberbio, que vale mil dólares. Quisiera cambiarlo por algunas de las figuras de su extensa y variada colección.

—¿Qué dice usted? ¡Estas figuras no se venden! Son propiedad pública.

—Peor para ustedes.

—¿Cómo?

—Yo me entiendo...

El director, creyendo que se las había con un loco, se aleja sin decir ni una palabra más.

En este momento dan las siete, hora en que el Museo se cierra. Y la gente empieza a salir.

Carlitos, dispuesto a poseer, de grado o por fuerza, las figuras que necesita, se queda disimulado entre un grupo de ellas.

Y cuando, pasado un rato, todas las puertas del

Museo han sido ya cerradas, él pone manos a la obra.

En un desván encuentra una vieja carretilla. La saca hasta una puerta perdida, que da a un jardín despoblado, y poco después tiene sobre ella las tres figuras, que le resolverán, según cree, su conflicto.

Momentos después atraviesa las calles, tan transitadas, en dirección a su domicilio. Ha habido una ocasión en que, por evitar ser descubierto, ha tenido que cargar con una de las figuras a la espalda.

Alguien le ha visto así atravesar una calle. Y creyendo que se trata de algún crimen, se ha dirigido a la Comisaría, donde ha dicho:

—Oígame, señor comisario. Acabo de ver a un hombre extraño, vestido como un caballero, que atravesaba la calle con un cadáver sobre la espalda.

El comisario, preocupado por la denuncia, habla a sus subordinados diciendo:

—Ese hombre debe ser, sin duda, el malhechor que ha tenido atemorizado ese distrito durante el último año.

Los policías asienten y el comisario agrega:

—Que salga un destacamento sin tardanza y vigile todo ese barrio.

Entretanto, Carlitos ha llegado a su casa. Se acercan las ocho, hora en que los amigos habían de recibir a Estrella, y nuestro enamorado, a falta de hombres de carne y hueso, intenta sostener una piadosa ficción ante su amada con las figuras arrebatadas al Museo. Cuando aún no las tiene preparadas del todo, oye que llaman a la puerta. Es sin duda Estrella. Y contesta:

—Espera nada más que un segundo, palomita.

Colocadas al fin convenientemente las figuras,

Carlitos abre la puerta. Y al entrar Estrella, como reanudando un truncado discurso, dice:

—Y ahora, señores míos, la señorita Wynn hablará a ustedes algunos instantes de sus nobilísimos proyectos...

Estrella, desde cierta distancia, empieza su discurso:

—Señores... la influencia de un hogar agradable es como el perfume de una flor delicada...

En este punto Estrella se da cuenta de que Carlitos no está en la habitación.

—¿Dónde habrá ido? — se pregunta mentalmente.

Carlitos había ido a la habitación vecina, desde donde, destilando su voz y con la ayuda de un aparato acústico, quería dar la ilusión a Estrella de que los invitados hablaban.

Aprovechando la pausa que siguió a las palabras de Estrella, y bien ajeno al motivo de aquel silencio, Carlitos hizo decir a una de las figuras:

—Querida señorita: ¿por qué no se casa usted con este joven? Tendría usted un hogar donde podría ocuparse de sus propios hijos...

Estas inesperadas palabras y la ausencia de Carlitos hicieron que Estrella se fijara detenidamente en las tres supuestas personas a quienes se dirigía, percatándose en seguida, de este modo, del engaño de que estaba siendo víctima.

Sin esperar más, salió corriendo hacia su casa. Un momento después subía también Carlitos, que había visto humirse todos sus esfuerzos.

Estrella le recibe muy irrimente. Y Carlitos, apenado, dice:

—Amada mía, yo no quería proporcionarle sinsabores... Era un modo de preparar a usted a ponerse en contacto con altas personalidades...

—No, no es eso. ¿Usted se burla de mis mejores sentimientos! ¿No trate de volverme a ver... no me hable más... no le perdonaré nunca!

Carlitos, sin saber qué contestar a la amada, sale con el alma ansiosa de dolor, y como nada hay en el mundo que desvele como una pena de amor, aquella noche es para él un suplicio terrible. Sufre de una manera que él mismo no se explica cómo puede soportar...

Entretanto, en la redacción del periódico *New-York Sphere* hay gran movimiento. Precisamente aquel día había debutado, como reporter, el hijo del verdadero Vanderbrook, y el director le había encargado una información sobre el asunto del día, es decir, sobre el hombre que había atravesado las calles con un cadáver a la espalda...

Al amanecer, Carlitos sube otra vez a ver a Estrella. Y le dice:

—Yo estoy dispuesto a hacer cuanto usted quiera. A ir a una prisión... a un asilo... no importa donde... ¿con tal de que no rehuse usted volver a verme!

Pero Estrella ni siquiera le contesta. A la misma hora, el director del periódico mencionado decía a Vanderbrook hijo:

—Escúcheme usted... Ayer, como sabe, se vió a un hombre con sombrero de copa llevando un cadáver por las calles. Vea usted qué es ello, pues tal vez pudiera escribirse algo muy interesante.

Mientras el hijo del millonario se dispone a cumplir el honroso encargo que le dan, Carlitos ha tenido una inspiración que él supone luminosa. Supuesto que Estrella no le ha querido escuchar, organiza, con todos los chicos pobres de la vecindad, una manifestación bajo las ventanas de su adorada y esquivia vecina. Les enseña una canción

alusiva a las bellas prendas de Estrella, y bajo su dirección se ponen a cantarla. Estrella, agradablemente sorprendida, se asoma a la ventana. Pero al ver que es cosa de Carlitos, se aleja nuevamente, cerrando las maderas.

Carlitos, desesperado, despide a los niños, dándoles algunos céntimos, y se marcha, forjando nuevos planes para volver a ser agradable a la mujer que tanto ama.

Acaso le sea ya difícil. Pues nada es más fácil que arrastrar a una emboscada a una muchacha que se ocupa de obras filantrópicas, y Feney ha conseguido ya la promesa de una visita de Estrella a su casa, prometiéndole presentarle allí gran número de amigos suyos, que son gentes ricas y propicias a ayudarla en sus propósitos.

Carlitos, al ver las dos actitudes, tan despectivas, que Estrella ha tenido para él esta mañana, supone algo desagradable de parte de Feney. Y una vez alejado de los niños, se dirige a la casa de éste, dispuesto a cualquier cosa. En cuanto logra estar ante él, le dice con firmeza:

—Yo no soy de esos hombres que van con una fea acusación a una joven para que sepa qué clase de tipo es usted. Me repugna ese papel. Sin embargo, conociéndole a usted como le conozco, sólo vengo a hacerle una advertencia: procure usted dejar a Estrella tranquila. Nada más. Adiós.

Dejando a Feney sin tiempo para contestarle, sale de la casa del aventurero y se dirige, como el día antes, hacia el domicilio del millonario Vanderbrook. No lleva ningún plan determinado, pero espera poder hablar con él, de cualquier modo.

—Me es preciso—se dice a sí mismo.

Precisamente es la hora en que saldrá de paseo, según le había dicho el portero.

Recoge gran número de cáscaras de fruta y las coloca en los alrededores de la puerta. Nueva ocurrencia excéntrica.

—Resbalará—se dice—y yo no daré tiempo a que caiga al suelo, recogiénzole en mis brazos. Con este motivo hablaremos y yo le expondré las ideas de Estrella.

Más el millonario salió y no resbaló, echando por el suelo todos los planes de Carlitos.

Este entonces se quedó contra la pared, como sin pensamiento. Pero poco después, vuelto en sí, empezó a idear otro plan para cuando el millonario volviera del paseo.

Acertó a pasar un vagabundo. Lo llamó, le dió cinco dólares y le dijo:

—Cuando llegue un señor que yo le indicaré, usted tropieza con él; yo saldré en defensa del señor y usted habrá. Eso es todo.

—Comprendido.

Llegó poco después el millonario. Se hizo lo que Carlitos indicara. Pero falló el propósito. El millonario sabía defenderse solo. El vagabundo, viéndose comprometido, declaró:

—Ese idiota me ha dado cinco dólares para que yo le hiciera tropezar.

El millonario miró entonces a Carlitos, y éste, confundido, se alejó agachando la cabeza.

Nuevamente Carlitos se encontraba sin saber qué hacer para llegar otra vez hasta su amada Estrella.

Entretanto, en la Comisaría, en vista de que no habían dado resultado las pesquisas de la noche anterior, acerca del hombre que se había visto por las calles conduciendo un cadáver, el comisario ordenaba malhumorado:

—Arresten ustedes, no importa a quien, con tal de que lleve chaquet y sombrero de copa.

IV

Cuando llegó la tarde de este mismo día, tarde en que los acontecimientos se amontonaron y en la cual la atención del espectador tiene que estar fija en dos o tres lugares diversos a un mismo tiempo, Carlitos no había encontrado ningún medio para lograr acercarse a Estrella. Y aunque lo hubiese encontrado, tampoco habría podido verla, y esto es lo que más le hubiera sorprendido.

En efecto, Estrella había ido a la cita con Feney, que señaló para aquella tarde, en el propio domicilio del aventurero, es decir, en la casa de Jugo. Si Carlitos hubiese sospechado que tal entrevista había de tener lugar aquel mismo día, a pesar de las prohibiciones de Estrella se habría acercado a ella y la hubiera puesto en guardia. Mas, como lo ignoraba, estaba, respecto a este particular, bastante tranquilo.

Cuando le fracasó su intento de hablar con el millonario, se dirigió hacia su casa, meditativo y apenado por no encontrar, ni siquiera excéntrica, como otras veces, alguna idea salvadora.

A aquella hora Estrella estaba ya fuera de casa y en camino hacia el antro de Feney, adonde iba esperanzada de encontrar ayuda eficaz para sus propósitos. En cambio, Feney, seguro de tener ya en sus manos la presa, se regodeaba pensando en ello.

Antes de que Estrella llegara, y cuando ya se acercaba la hora de la cita, Feney dió a sus secuaces las instrucciones que creía pertinentes.

—Sobre todo, que nadie, absolutamente nadie, se entere de quién estará conmigo esta tarde.

—¿Y si la otra mujer intentara subir o enterarse?

—Si la otra mujer promoviese escándalo, la amordazáis.

—Entendido.

En esto llegó Estrella. Feney la recibió con una hipócrita sonrisa y, ofreciéndole el brazo, le dijo:

—Usted me honra, señorita, aceptando mi invitación. Subiremos al piso alto, en cuyo comedor está todo preparado para recibir a los amigos que he de presentarle.

Subieron, en efecto. Aún no había nadie en el comedor, lo que sorprendió a Estrella. Mas pronto la tranquilizó Feney:

—Hemos llegado un poco anticipados. Pero los amigos no tardarán en llegar. Siéntese usted.

A tiempo que decía esto, Feney ofrecía a Estrella una butaca que estaba de espaldas a la puerta. Y en cuanto Estrella se hubo sentado, aprovechando un momento de meditación de ella Feney cerró bien la puerta y se guardó la llave.

Ya está la paloma a merced del gavilán. Mas no anticipemos los acontecimientos.

Mientras que esto ocurría en la casa de Feney, la casa de Estrella, que es, como saben los lectores, también la de Carlitos, había sido cercada por la policía. Y algunas parejas habían ya entrado dentro, en busca del señor que había cruzado las calles con un cadáver a la espalda. Por averiguaciones posteriores, se había sabido que el supuesto crimi-

nal se había refugiado en aquella casa. De aquí el lujo de vigilancia que se había puesto en ella.

Carlitos no había tenido tiempo, en aquellos días, de leer los periódicos, y, por lo tanto, no sospechaba nada. Vió a la policía llegar, pero no se molestó en averiguar a qué venían. Indiferente a todo lo que no fuese pensar en Estrella, lo demás, todo lo demás le tenía sin cuidado.

De pronto vió a un joven que llegaba corriendo. Y oyó que decía a la policía:

—Es preciso que yo vea al hombre del sombrero de copa y del chaquet.

—¿Y quién es usted?

—Soy Vanderbrook, hijo del millonario Vanderbrook.

Carlitos, que iba vestido como el joven Vanderbrook había indicado, se puso en guardia. Cogió a una de las figuras de cera y le puso una pistola en la mano; luego él se escondió en otra habitación vecina, en espera de ver lo que ocurría.

Un momento después entraba en la casa Vanderbrook.

Carlitos gritó:

—¡Manos arriba!

—Usted se equivoca—dijo Vanderbrook a la figura de cera, que era la que amenazaba con la pistola.—Yo no vengo con intención de hacerle ningún daño. Soy reporter y estoy aquí por cuenta de mi periódico.

Carlitos, viendo que no se trataba de hacerle mal, se presentó, desarmando de paso a la figura de cera.

Se explicó rápidamente.

El hijo del millonario le dijo:

—Se cuenta en la Comisaría que usted ha sido visto llevando un cadáver a través de las calles.

—¿Dios mío, qué disparate! ¿Yo creía que venía usted a buscarme por lo ocurrido esta mañana con su padre!

—No sé nada de eso.

Entonces Carlitos contó toda la historia, que Vanderbrook escuchó con visible interés. Y terminó diciendo:

—Vea usted. Todas esas molestias provienen de lo deseoso que estoy yo de agradar a esa joven de que le he hablado.

—No le importe. Esa historia de las figuras de cera es originalísima. ¿No la ha contado usted a nadie?

—No. Nadie lo sabe aún.

—Pues yo voy a escribir un artículo acerca de esa ingeniosa ocurrencia. Si usted me promete no contarla a nadie más, tendré yo la exclusiva, y, en cambio, le prometo presentar a usted en la más alta sociedad.

—¿Y cree usted que sus amigos se interesarán en la obra de Estrella?

—Yo haré por que se interesen.

—¡Oh, muchas gracias!

—Bueno, ahora, deshágase usted de las figuras, entretanto que yo me llevo, o evito que suba pronto, a la policía.

No pudo el joven Vanderbrook evitar que la policía siguiera sus indagaciones. Pero como ya Carlitos sabía que iban en su busca y una de las figuras que había arrebatado al Museo estaba vestida precisamente de policía, se colocó aquel traje y arrojando las figuras por una ventana que daba a un desván, salió, vestido de aquel modo y subió al piso de Estrella, en donde supo que la joven estaba en casa de Fenev.

Sin perder tiempo, partió hacia allá. En prin-

cipio, la policía no se dió cuenta de nada. Pero después, viendo que Carlitos huía, se lo imaginaron todo y le siguieron. Momentos después, Carlitos y sus perseguidores se encontraban en la casa de juego.

Durante todo este tiempo, Estrella se había dado ya cuenta de que Feney era un canalla; ella se había resistido a beber, pero Feney estaba ya borracho. Y cuando ella quiso salir, encontró cerrada la puerta. Empezaron, pues, a luchar, primero con palabras y, finalmente, cuerpo a cuerpo. Unos instantes más y la joven, vencida, habría sido víctima de la violenta lujuria del aventurero.

Cuando entró en la casa de juego la policía, el jefe de ella ordenó:

—Todos detenidos.

Hubo una protesta, y el jefe añadió:

—Buscamos a un individuo que ha entrado aquí disfrazado de agente.

—Hemos luchado con él y ha desaparecido— le contestaron.

En efecto; habían sostenido una lucha con Carlitos, el cual, viéndose perdido, recurrió a su natural inventiva y logró esconderse en la chimenea, desde donde estaba escuchando la conversación.

Un agente comunicó al jefe que había descubierto que se hallaban en una casa de juego.

—¡Ah, conque una casa de juego! Vamos a dar un golpe por partida doble.

En efecto intervino la amante de Feney, diciendo:

—Señor jefe..., el patrón está allá arriba con una linda muchacha rubia... La primera puerta a la derecha, en el corredor.

Carlitos no esperó más. Subió por la chimenea en busca de Estrella. Cuando ya llegaba, oyó la

lucha que la joven sostenía con el aventurero. Mas cuando llegó, era tarde para darle su merecido. Sus señacas le habían avisado, por medio de un timbre, del peligro que corría, y huyó.

Cuando apenas acababa de salir Feney, entraba Carlitos. Estrella, al verle, exclamó:

—¿Usted, mi bueno y gran *chiflado*?

—Sí, yo, que vengo a salvarla.

—Gracias. No lo olvidaré nunca.

—Bien; ahora huyamos. La policía va a subir.

Por la misma chimenea salieron. Pero cuando ya estaban en la calle, seguros de que nada les amenazaba, fueron sorprendidos por los agentes, los cuales, sin vacilar, les detuvieron y les llevaron a presencia del juez.

Va en el juzgado, frente al juez que les miraba con seriedad, Carlitos y Estrella meditaban las respuestas que habrían de dar al seguro interrogatorio. Porque habían de ser respuestas extrañas, excéntricas, como todo lo que les ocurría.

Mas he aquí que sucedió una cosa más excéntrica aún que cuanto en toda su vida les había sucedido.

El juez, mirándoles fijamente, con una sonrisa en los labios, cuando se esperaba que pronunciase alguna palabra condenatoria, he aquí que hizo esta sencilla pregunta, dirigiéndose a Estrella:

—¿Consiente usted en tomar a este hombre por marido?

Estrella y Carlitos se miraron, como para darse cuenta de que no soñaban.

El juez continuó:

—¿Consiente usted en amarle, en honrarle y en obedecerle?

Los dos jóvenes se miraron nuevamente como preguntándose: «¿Qué es lo que ocurre?»

Lo ocurrido era sencillamente que el joven Vanderbrook, sabiendo que los dos jóvenes habían sido detenidos, refirió al juez toda la historia y le dijo que, cuando los trajeran a su presencia debía casarlos. Al juez le pareció aquello muy divertido y accedió a lo que Vanderbrook le indicaba. Y así lo hizo, como se ha visto.

Al terminar el juez su segunda pregunta, Carlitos vió, por la ventana del juzgado, a Fency que huía escondiéndose. Y dijo:

—Yo ruego a usted que me perdone un instante, señor juez.

—Perfectamente.

Saltó Carlitos por la ventana y, un momento después, luego de haber propinado a Fency algunos golpes, lo entregó a los agentes. Hecho esto, volvió a entrar, por la misma ventana por la que había salido y dijo al juez:

—Yo le suplico, señor juez, que se digne acabar el interrogatorio que usted había comenzado.

—He concluido ya—contestó el juez.—En nombre de la ley están ustedes unidos.

El joven Vanderbrook, que asistía a la ceremonia desde una puerta entreabierta, entró, una vez dichas estas últimas palabras por el juez, y, dirigiéndose a los recién casados, dijo alegremente:

—... Y yo os sentencio como pena... a una vida entera de felicidad...

Carlitos, al ver allí a Vanderbrook, se lo imaginó todo. Pero Estrella aun no se explicaba lo que sucedía. No obstante, era en verdad tanto lo que amaba a su vecino, ahora ya su marido, que se sentía muy contenta.

Miró a su amado estremecida de tierna emoción. Carlitos vió en aquella mirada tantas cosas

que, para probar a Vanderbrook que sabrían cumplir su sentencia, abrazó a Estrella. Y ella, que esperaba el abrazo, se refugió en aquella caricia, devolviéndola también con toda su alma.

FIN

TITULOS DE LAS NOVELAS PUBLICADAS

- ROBIN DE LOS BOSQUES,
por Douglas Fairbanks.
- EL SELLO DE CARDI, por Betty Blythe.
- LA AGONIA DE LAS AGUILAS,
por Severin Mars y la Morlay.
- LA CASA DEL MISTERIO,
por Masjoukine y Elena Dary.
- DIA DE PAGA, por Charles Chaplin (Charlot).
- UNA CARRERA EN KENTUCKY,
por Reginald Denny.
- EL FLIRT, por Ellen Percy.
- CHIQUILIN y CHIQUILIN HOSPICIANO,
por Jackie Coogan.
- THEODORA, por Rita Jolivet.
- ¡QUE TONTOS SON LOS MARIDOS!
por Enid Bennett.
- SEÑAL DE AMOR, por Mary Pickford.
- DISTRACCION DE MILLONARIO,
por George Arliss.
- LA DUQUESA MISTERIO, por Hesperia.
- LA DUQUESA MISTERIO, por Hesperia.
- LAS APARIENCIAS ENGAÑAN, por Maria Prevost.
- EL TRIUNFO DE LA VIA FERREA,
por Alna Tell.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR, 25 céntimos

Publicaciones Cinematográficas

Colección de 125 retratos-postales de los mejores artistas de la pantalla.

Cada postal fotográfica, 0'20 ptas. La colección completa, franco de portes, 22 ptas.

* * *

Magníficas ampliaciones artístico-fotográficas (24 x 30) de los anales del cine, a 1'25 ptas. ejemplar, franco de portes.

ARGUMENTOS - NOVELAS DE SERIES CINEMATOGRAFICAS

El hombre sin nombre.—Hermoso tomo en octavo grande, con ilustraciones; extensa lectura relatando en forma de novela la trama de tan interesante serie. Ejemplar, 1'50 ptas.

* * *

La hija de la ajusticiada.—Cautivante narración literaria en la que se describe un episodio de la vida íntima de Napoleón. 0'60 ptas. ejemplar.

* * *

El Doctor Mabuse.—Obra de intriga, cuyo asunto se desarrolla en la alta sociedad alemana. Lleno de interés hasta su epílogo, en que el bien triunfa de la maldad. 0'50 ptas. ejemplar.

Pedidos acompañan lo su importe a **Publicaciones Mundiat**, Barbará, 15. Apartado 925 — Barcelona